

El entierro de Cristo, por Foradori



LA JULIA
MOLINO Y FÁBRICA DE GALLETITAS
RIVERA HNOS Y CIA
LA PLATA Y TOLOSA
ANTONIO SANGUINETTI
Único representante en Buenos Aires
CALLE CASTELLI 207
Unión Telefónica 14.003
GALLETITA «TÉ»
LAS
GALLETITAS
TE
NO TIENEN COMPETIDOR
SON FABRICADAS
CON
HARINA Y MANTECA ESPECIAL
ESPRESAMENTE PARA ESTA ELABORACIÓN
Son fabricadas expresamente para tomar con Té.

Cerveza negra «STOUT ARGENTINA»

DE LA SOCIEDAD ANÓNIMA FABRICA NAÇIONAL



CARIDAD 350

Cooperativa Telefónica 2159
Unión Telefónica. . . . 14138

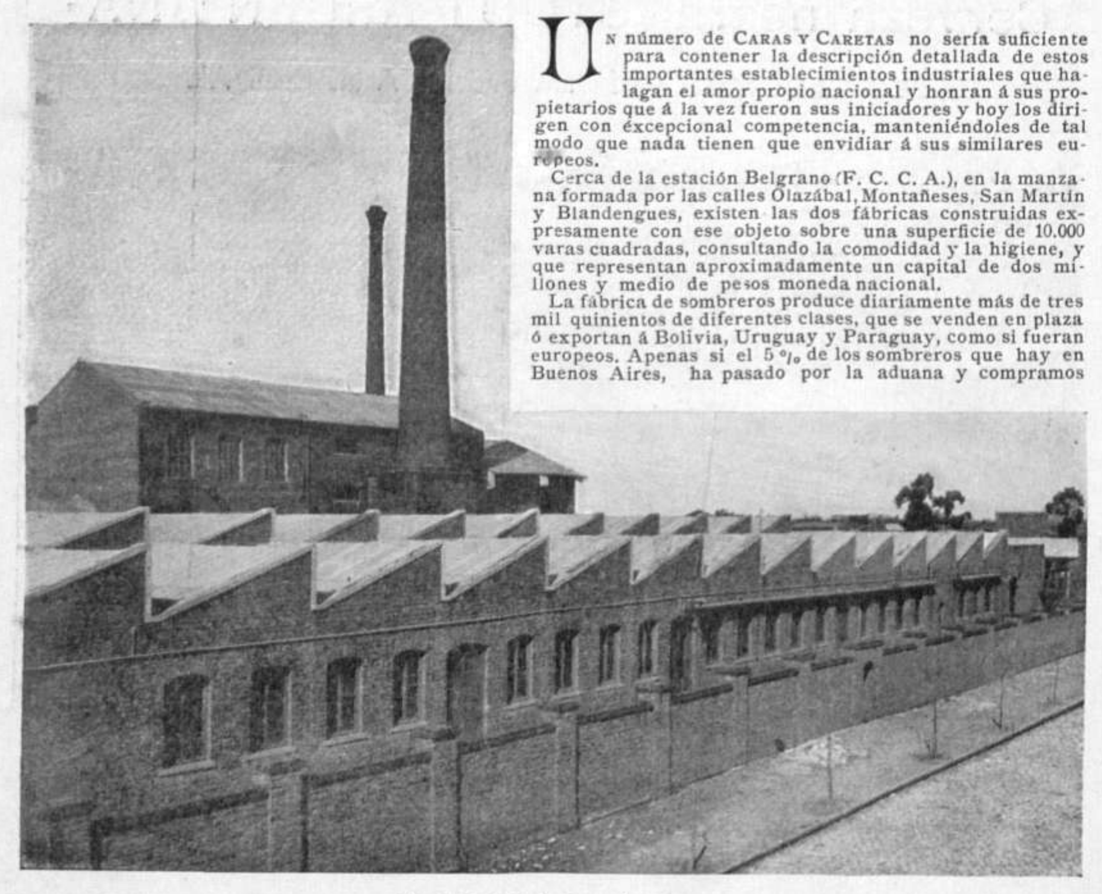
La que tiene que criar,
debe esta cerveza usar,
pues nutre de tal manera,
que hasta se le puede dar
al niño en la mamadera.

G. FRANCHINI Y C.ª — FÁBRICA DE SOMBREROS Y TEJIDOS

Un número de Caras y Caretas no sería suficiente para contener la descripción detallada de estos importantes establecimientos industriales que halagan el amor propio nacional y honran á sus propietarios que á la vez fueron sus iniciadores y hoy los dirigen con excepcional competencia, manteniéndoles de tal modo que nada tienen que envidiar á sus similares europeos.

Cerca de la estación Belgrano (F. C. C. A.), en la manzana formada por las calles Olazábal, Montañeses, San Martín y Blandengues, existen las dos fábricas construidas expresamente con ese objeto sobre una superficie de 10.000 varas cuadradas, consultando la comodidad y la higiene, y que representan aproximadamente un capital de dos millones y medio de pesos moneda nacional.

La fábrica de sombreros produce diariamente más de tres mil quinientos de diferentes clases, que se venden en plaza ó exportan á Bolivia, Uruguay y Paraguay, como si fueran europeos. Apenas si el 5 % de los sombreros que hay en Buenos Aires, ha pasado por la aduana y compramos



La fábrica de sombreros

como ingleses ó italianos los que son genuinamente nacionales, desde sus materias primas, no recibiendo del extranjero sino la imposición de las modas, de lo que está siempre en conocimiento de la última, la casa *G. Franchini y C.ª*.

Esta fábrica fué construida en 1890 con arreglo á los mejores modelos europeos de la época por el ingeniero don Fernando Moog, y contiene treinta diversos talleres en amplias salas bien ventiladas, en que trabajan 250 mujeres, 100 muchachos y 400 hombres un pueblo completo, que vive á una cuadra de distancia en una inmensa casa con 108 piezas de 4 1/2 por 4 1/2 cada una, construida expresamente para los obreros.

Cinco calderas generan el vapor necesario para el funcionamiento de cinco motores con 400 caballos de fuerza. Dos dinamos, uno de 500 lámparas y otro de 200 de 16 bujías cada una, iluminan las dos fábricas que funcionan día y noche.

Las maquinarias han importado medio millón de pesos y los edificios más de doscientos mil. La fábrica de sombreros consume 600.000 kilos de lana anuales y otros tantos la de tejidos, que se instaló el año 1895 y tiene ya gran importancia: en sus telares tra-

Interior de uno de los talleres

La fábrica de tejidos

baja diariamente 1.500 metros de diferentes tejidos; allí se producen paños y casimires de fantasía, de igual aspecto al de los importados y de mejor calidad, porque son de lana pura, virgen, es decir que no ha servido antes, no como en Europa, que por el precio de la materia prima, muchísimo más subido que en la Argentina, se aprovecha en la fabricación todo lo aprovechable de géneros servidos, resultando en consecuencia, los paños, de menor duración, razón por la que los comerciantes de la plaza prefieren los fabricados por G. Franchini y C.ª; frazadas, flanelas sin mezcla de algodón, que en Buenos Aires vale más que la lana, se exportan para Montevideo, la Asunción y mercados de Bolivia.

La lana usada es generalmente Rambouillet y las tinturas con base de alizarina, que es lo mejor que hasta la fecha se conoce; un lavadero Leviathan limpia 2.500 kilos diarios.

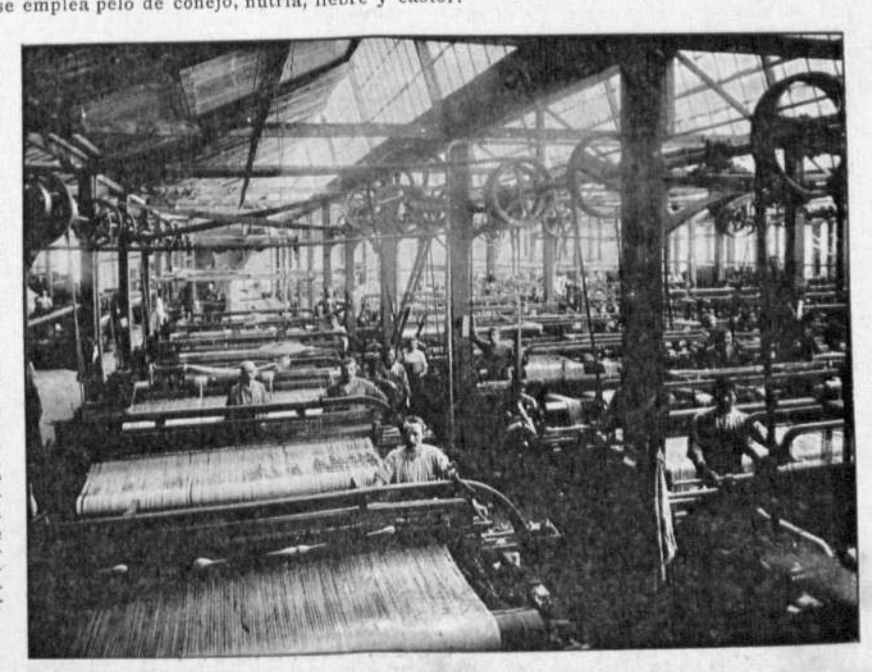
Para los sombreros se emplea pelo de conejo, nutria, liebre y castor.

En la casa hay taller de carpintería, de hormas, para los sombreros, imprenta, en fin, todo lo necesario para la atención de las dos grandes fábricas, cuyo incremento es visible día á día.

En resumen: se puede afirmar, sin pecar de exagerados, que ellas son un modelo en su género, no sólo por la perfección de los productos de su elaboración, sino que también por el régimen interno que han sabido implantar con laudable constancia sus laboriosos y progresistas propietarios.

Como dijimos al comenzar, el esfuerzo realizado por los señores G. Franchini y C.ª ha sido inmenso y constituye una satisfacción nacional, que obliga nuestra simpatía y reclama un aplauso sincero que le otorgamos con la mejor voluntad.

Mercurio.



Interior del galpón de los telares.

EXPOSICION NACIONAL 1898

BUENOS AIRES

GRAN DIPLOMA DE HONOR



Maderas nacionales empleadas: Yoirá-Peré, Guayaiby, Incienso, Cancharana

JOSÉ LURASCHI

41 — CALLE FLORIDA — 41

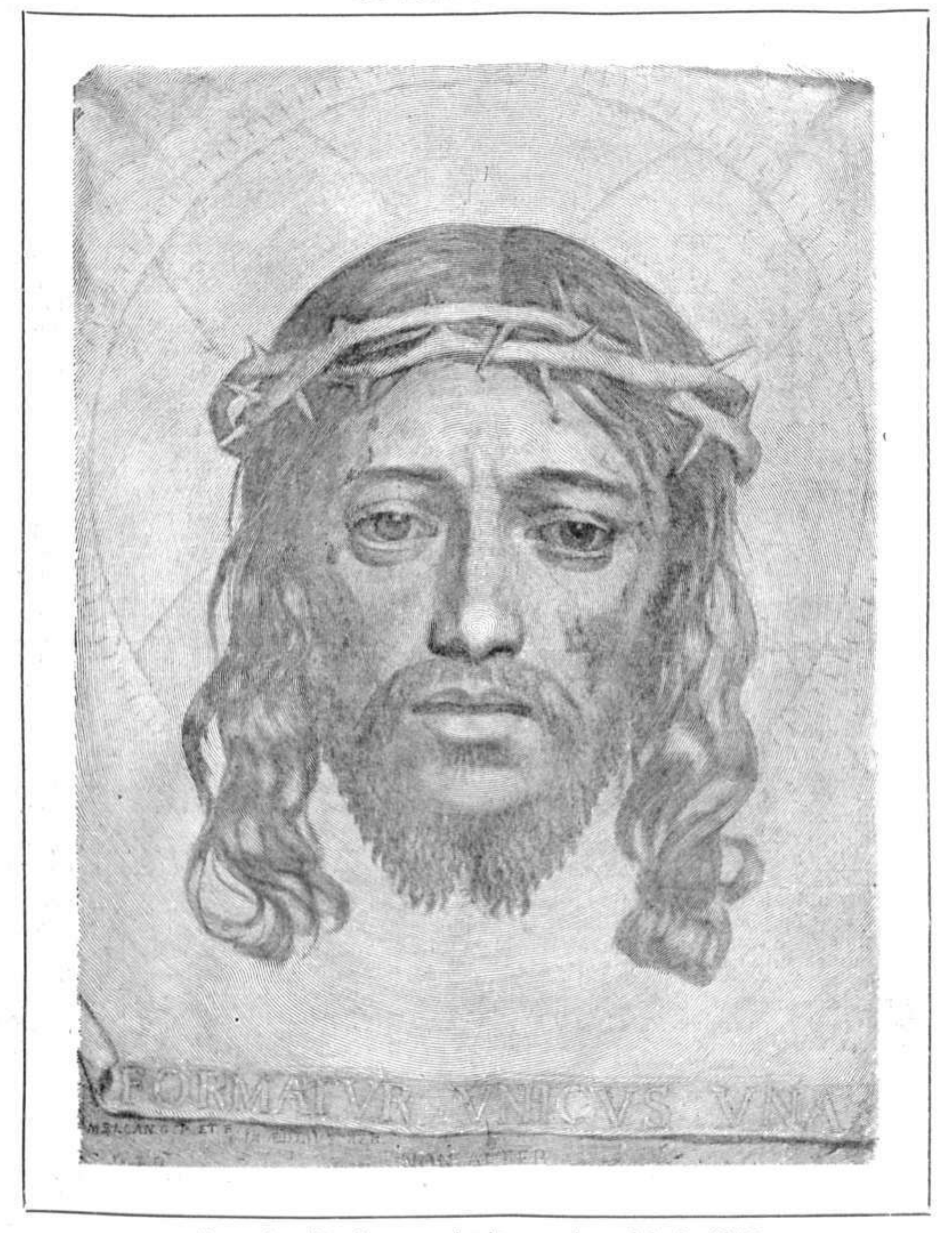
CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

EUSTAQUIO PELLICER — REDACTOR | JOSÉ S. ÁLVAREZ — DIRECTOR | MANUEL MAYOL — DIBUJANTE

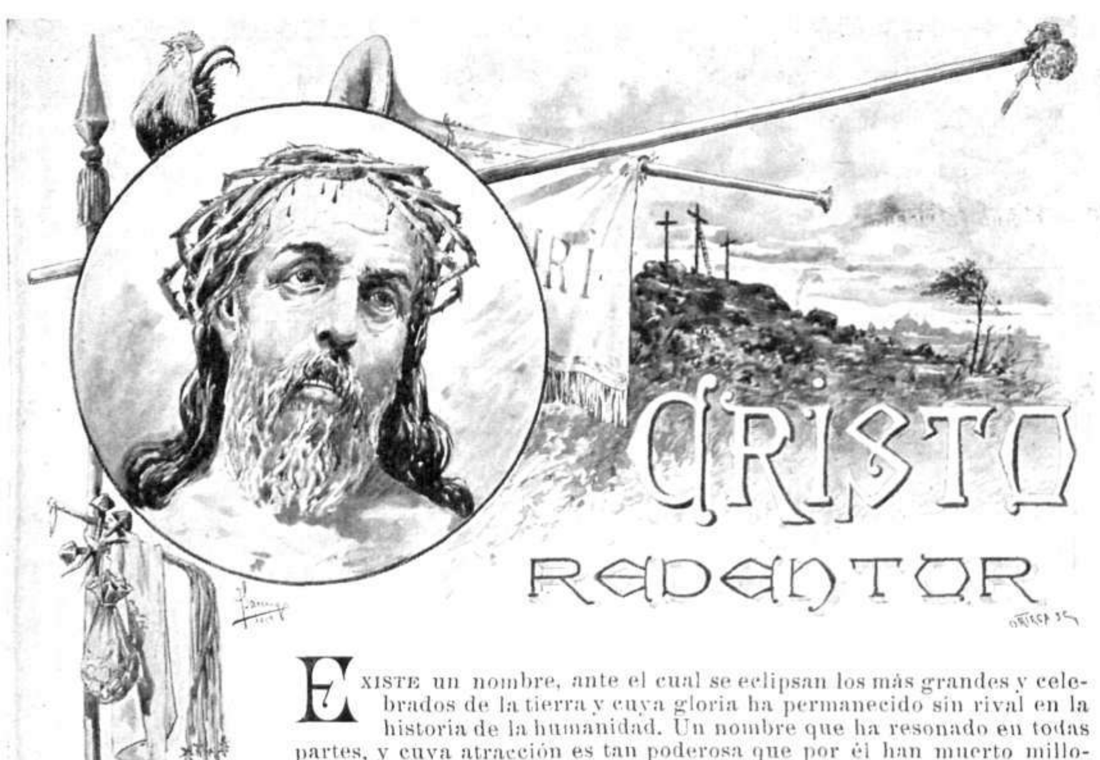
AÑO II | BUENOS AIRES, 25 DE MARZO DE 1899 | N.º 25

EL DIVINO ROSTRO



Reproducción de un grabado en cobre, del año 1649

Ofrece la particularidad de estar formado por una sola línea, que empieza en la nariz [illegible]



Existe un nombre, ante el cual se eclipsan los más grandes y celebrados de la tierra y cuya gloria ha permanecido sin rival en la historia de la humanidad. Un nombre que ha resonado en todas partes, y cuya atracción es tan poderosa que por él han muerto millones de mártires, mueren hoy día y continuarán muriendo; un nombre que despierta, apenas se le pronuncia, el recuerdo de las virtudes más perfectas, de las acciones más generosas, de los beneficios más espléndidos. Un nombre divino que tiene el don de producir en las almas, aún después de prolongados siglos, un entusiasmo sublime de heroica abnegación, que á ningún otro puede compararse, puesto que engendra innumerables voluntarios que se consagran por su amor al alivio de los males y desgracias de la humanidad; un nombre, en fin, que es adorado en la tierra porque con él se designa al *gran Dios y Salvador nuestro*.

Él es también una imagen que no se mira sin emoción y respeto; que ha reemplazado sobre los altares las imágenes fabulosas de los dioses de la mitología; una imagen que después de haber sido entre los paganos un instrumento de oprobio y de suplicio, resplandece hoy en la diadema de los príncipes y la cumbre de los más altos monumentos, como adorna las toscas paredes de la choza más humilde. Una imagen que nuestras madres nos han hecho besar con efusión cuando éramos niños y que será nuestro supremo consuelo al reposar un día sobre nuestro corazón helado por la muerte, al presidir nuestros funerales y señalar, como una esperanza, el lugar de nuestro sepulcro.

Existe una historia que ha cautivado á los más grandes genios del mundo, consolado los más grandes dolores, excitado la admiración y la imitación de muchedumbres y generaciones; una historia que ha hecho derramar más lágrimas de gratitud y amor que los infortunios más célebres unidos y juntos; que ha engendrado alegrías y esperanzas inmortales; una historia sin la cual no se explica la humanidad, ni existiría la civilización, ni la grandeza moral de los pueblos cultos.

Este nombre, esta imagen y esta historia, es la historia, la imagen y el nombre de Jesucristo Redentor, cuyo nacimiento, según la carne, vamos á conmemorar en su aniversario por diecinueve centurias repetido.

No: no hay ni ha habido nombre más grande y augusto; no hay boca que lo pronuncie sin respeto, admiración y amor; y es inclinándonos ante él que nos atrevemos á escribirlo. Nombre que no es un simple recuerdo histórico, como el de los demás hombres que el mundo venera.

Jesucristo vive en nuestros corazones, vive y reina en la hora presente, sobre la más culta porción del mundo, y pronto triunfará de las resistencias del Africa y del Asia con el mismo poder y rapidez con que triunfara de las de América. Nombre que cuando triunfa es para civilizar á los pueblos; porque sólo en su nombre se civilizan y salvan.

Jesús reina, Jesús impera al través de las generaciones y de todas las resistencias, como el sol resplandeciente que disipa las sombras de nubes pasajeras. Todos los pueblos cultos le adoran y se enorgullecen en adorarle y todos aceptan su Evangelio como el código inmortal de la civilización.

† MARIANO,
Arzobispo de Montevideo.

Marzo 21 de 1899.

Dibujo de Sanuy.



Dedicado al señor Arzobispo de Buenos Aires, Doctor Uadislao Castellano.

¡Oh cruz! vives vida de soledad en un siglo desconocedor de tus maravillas y enemigo de tu yugo, suave y llevadero.

No es la cruz baldón ignominioso de un Artayeta, sacrificado por el general griego Xantipo, ni suplicio de Sarmatas ni Escitas.

Tampoco es patíbulo del soberbio Amán, castigo del Superintendente de la Eólida, muerte de Histio, de Mileto, y humillación de Pharus, rey de Media.

Si así fuera, debiéramos relegarla con horror á las leyendas de la barbarie.

Mas, ¿quién ha de creer en barbaries, después de la escena del Calvario?

Es la cruz adorno y diadema de Constantino emperador, brillo codiciado en el pecho del bravo militar, digno remate de la torre gótica, signo de esperanza en las mansiones mortuorias, emblema de oración en la casa de Dios, y hasta realce de valiosos collares en las damas.

Y con todo, vive la cruz vida de soledad!

Por fortuna, ángeles de paz, formando legiones de adoradores, quieren subsanar el olvido y menosprecio de los hombres; rodéanla en recogida apostura, y más aguerridos que los varones fortísimos, custodios del lecho de Salomón, son guardianes del divino tesoro.

La cruz, encanto de los ángeles, ¿será ludibrio de las gentes?

No es dado imaginarlo: hay almas aún de noble estirpe, que os contemplan, cruz bienhechora, como perla columpiada en un jazmín; con trémula mano se acercarán á él para engastarla en la corona de la caridad, reina de virtudes.

Que la cruz significa abnegación, ¡qué importa! — es dulce vivir en la cruz con Cristo, para ver franqueadas aquellas mansiones de dicha, más bellas y regaladas que las ideadas por Sófocles y Homero.

Que las pasiones son olas que braman en deshecha furia contra las hermosas azucenas del alma, ¡valor!—el grano de arena es dique al potente mar, y la cruz será voz que, á modo de los tiempos de Pedro el pescador, haga callar los vientos y tempestades.

Mas entonemos el hosanna de gozo.

Al cortejo angélico de la cruz se unen valerosos soldados del catolicismo, prefiriendo tañer las arpas de oro en pórticos claustrales, á rodar en las aguas cenagosas de la «Visión de Fray Martín».

Yo sé que de la cruz emanan esplendores de consuelo.

Y sé también que la niña delicada, que aspira perfumes de jardines y tiene encantos de belleza, trueca el ropaje espléndido de la vanidad para vivir más cerca de la cruz, en hábito de Hermana de Caridad, al lado del enfermo y desvalido.

¡Brillen auroras de luz para que suba la humanidad la montaña del Calvario y adore, en espíritu y verdad, la cruz salvadora!

Florencio VILLANOVA SANZ,
Prelado Doméstico de S. S.

Buenos Aires, 18 de Marzo de 1899.

Dibujos de Foradori.



JESÚS

EL HOMBRE Y EL DIOS

La razón humana le coloca entre los hombres;—el simbolismo de la fe le llama Dios.—Para definir al primero, basta penetrarse de la entidad fisiológica y psicológica del Redentor de la Humanidad.—Para definir al segundo, basta doblar los párpados y mirar al cielo con los ojos del alma.

Entre la sensación de la verdad y la sensación de la fe, existe el abismo que separa al hombre superior del hombre inmaterial y divino.

El hombre se detiene en la fiesta de Purim, contempla á la turba desenfrenada que persigue á María de Magdala, y grita: «el que no haya pecado que arroje la primera piedra».

El Dios creado por la tradición, se eleva, algunos siglos después. entre nubes de incienso, hasta los espacios infinitos, donde mora el Dios Padre, para sentarse á su diestra, y regir los destinos de la conciencia humana.

El hombre, higienista. divide las tribus, selecciona las razas y purifica la sangre de los pueblos.

El Dios. representado por la víctima del madero sublime, domina al mundo, aún en efigie, sobre el oro de los altares, entre el perfume de los templos, en el murmullo de las plegarias, en los cantos de la fe.

El hombre, médico, vuelve á Lázaro la vida, da la vista á los ciegos, cura las llagas, amortigua los dolores de la humanidad entera.

El Dios, penetra en la alcoba, y á la incierta luz de las lámparas mortecinas, derrama el caudal de su piedad, en las almas afligidas que le dedican su oración.

El hombre, filósofo, recoge de la ciencia antigua los textos de las religiones caducas é imperfectas y hace una nueva doctrina, que sirve de freno á las pasiones humanas.

El Dios, siempre grande y siempre inmenso, se acerca al lecho de la muerte y despide al que se va, con el bálsamo del consuelo infiltrado en el corazón.

El hombre, republicano, proclama la igualdad de todos los seres de la tierra, porque todos tienen el mismo origen y están hechos de la misma materia.

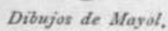
El Dios, profético y hermoso, congrega á todas las almas y estremece á todos los hombres, cuando aspiran al perdón de los errores terrenales, porque su bondad infinita lo mismo alcanza al inocente que al réprobo y al descarriado.

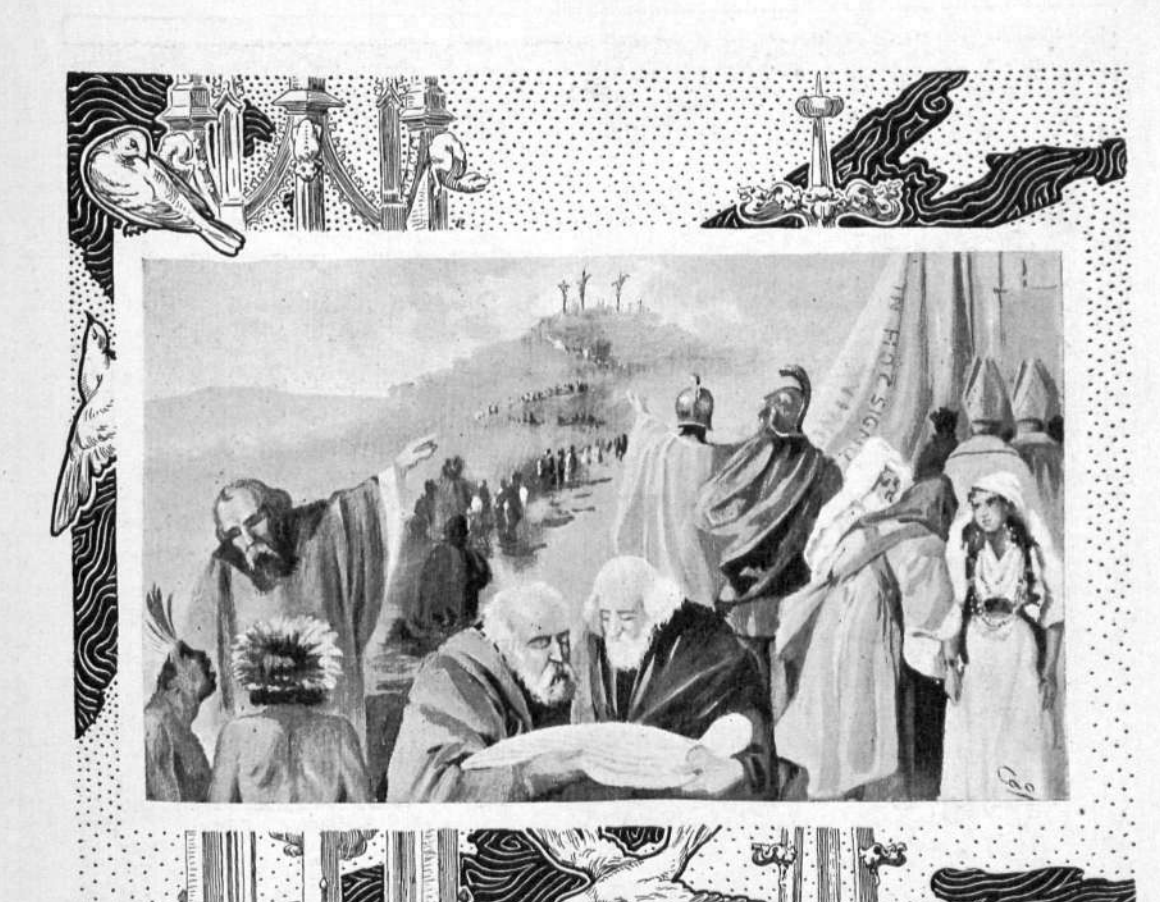
El hombre, fuerte en la carne, se sobrepone á todas las pasiones humanas, para imponer el evangelio de la verdad y el predominio del bien.

El Dios, omnisciente y divino, arrulla la cuna de los ángeles, hace balbucear las primeras palabras del futuro creyente, inspira el santo temor á las cosas grandes é incomprensibles y canta al oído de los profanos el himno de los goces celestiales.

El hombre, arrastra la cruz, cruza el Calvario y llega al Gólgota, para sufrir la afrenta que le imponen los tiranos, que no le comprenden ó que le envidian.

El Dios, surge fantásticamente de su tumba, ilumina al mundo con los fulgores de su grandeza infinita y perdura en el alma de los pueblos, por los siglos de los siglos.


Dibujos de Mayol.



El sentimiento y la razón, que son la dualidad espiritual del sér humano, no aciertan á desligar y á separar, de una manera bien definida, la dualidad humana y divina que existe en el Cristo.—La razón quiere verle siempre hombre, pero el sentimiento se sobrepone á la razón y le convierte inmediatamente en Dios.

Pocos son los que pueden encontrar el límite que separa en Cristo, al hombre del Dios. Está tan unido en este sér lo humano á lo divino, que se esfuma y se borra la línea casi imperceptible que ata al sér terreno con el sér inmortal.

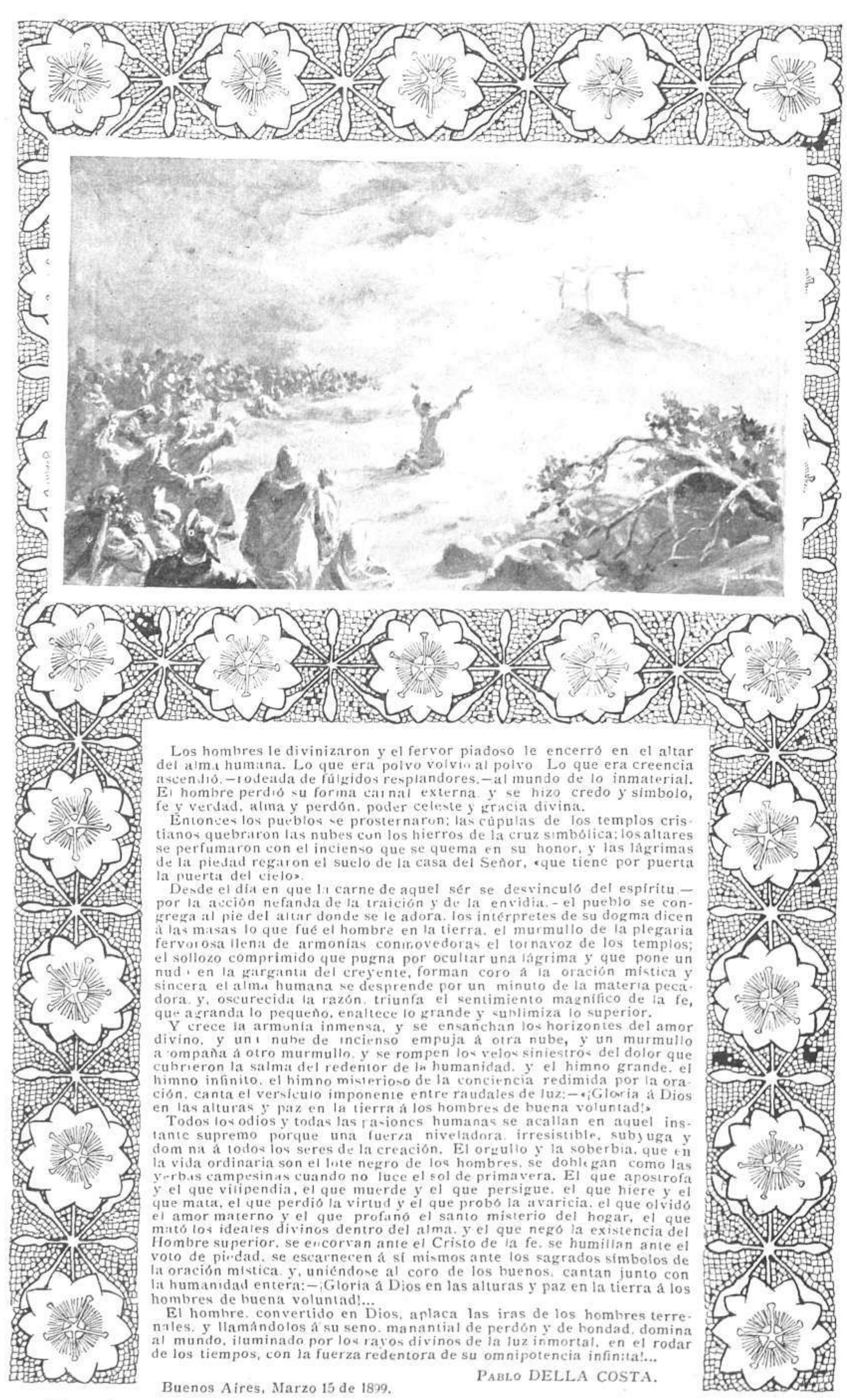
Los hombres que han glorificado su obra, para hacerle llegar á la divinidad, necesitaron crear tal forma del simbolismo, que teniendo el Cristo los contornos de los que pertenecen á la naturaleza,—fuerza y materia,—pudiese impresionar el espíritu de los pueblos con un impulso tan sincero de verdad divina, que nadie pudiera discutir que aquel hombre no era un Dios.

En la rotación eterna de los siglos, en el gastado engranaje de los tiempos, en la elaboración lenta de las razas, en la multiplicación incesante de los pueblos, se impuso la necesidad de que un espíritu superior,—flotando invisible en la imaginación de la especie humana,—dirigiera con una fuerza de atracción irresistible, la entidad moral de las colectividades. Y este gobierno moral, y este imperio puramente abstracto, y este predominio esencialmente ideal, debía tener, por el empuje de la razón, los contornos del sér humano, llevado á la más alta, á la más gloriosa, á la más grande, á la más divina de las encarnaciones terrenales, porque considerándose el hombre el sér más perfecto de la creación, tenía éste que divinizar á uno de sus semejantes para adorarle.

Y el hombre rodeó de símbolos oscuros, de preocupaciones misteriosas, de vaguedades indefinidas, de claro-oscuros atrayentes, la figura de aquel civilizador que podía y que debía convertirse en Dios, porque había tenido la fuerza de inculcar en sus sectarios el germen de la reforma redentora, bajo cuya inspiración tenía que transformarse el espíritu de la humanidad, para arrojar lejos de sí las preocupaciones de los viejos dogmas, predicados en los templos derruidos de las caducas religiones. La divinización vino, pues, de la propaganda de sus sectarios, de la fe creyente, de los que escucharon de los labios de aquel sér superior, el raudal de la verdad, como un bien fecundador, en el campo inculto de la conciencia humana.

Tenía que prosperar la simiente proficua, porque estaba regada con sangre de mártir, y prosperó á tal punto, que el sabio, el filósofo y el republicano, el orador, el médico, el higienista, el reformador, el fundador de una doctrina que había de perdurar á través de los siglos, tuvo que desaparecer, para dar paso al Dios inmortal, al Dios misericordioso, al Dios de la luz y de la fe, al Dios que todo lo puede y que todo lo perdona, al Dios que está sentado,—según lo imaginan los pueblos creyentes,—á la diestra del Dios Padre, presidiendo á la humanidad.

Dibujos de Cao y Foradori.



Los hombres le divinizaron y el fervor piadoso le encerró en el altar del alma humana. Lo que era polvo volvió al polvo Lo que era creencia ascendió,—rodeada de fúlgidos resplandores,—al mundo de lo inmaterial. El hombre perdió su forma carnal externa y se hizo credo y símbolo, fe y verdad, alma y perdón, poder celeste y gracia divina.

Entonces los pueblos se prosternaron; las cúpulas de los templos cristianos quebraron las nubes con los hierros de la cruz simbólica; los altares se perfumaron con el incienso que se quema en su honor, y las lágrimas de la piedad regaron el suelo de la casa del Señor, «que tiene por puerta la puerta del cielo».

Desde el día en que la carne de aquel sér se desvinculó del espíritu,—por la acción nefanda de la traición y de la envidia,—el pueblo se congrega al pie del altar donde se le adora, los intérpretes de su dogma dicen á las masas lo que fué el hombre en la tierra, el murmullo de la plegaria fervorosa llena de armonías conmovedoras el tornavoz de los templos; el sollozo comprimido que pugna por ocultar una lágrima y que pone un nudo en la garganta del creyente, forman coro á la oración mística y sincera el alma humana se desprende por un minuto de la materia pecadora, y, oscurecida la razón, triunfa el sentimiento magnífico de la fe, que agranda lo pequeño, enaltece lo grande y sublimiza lo superior.

Y crece la armonía inmensa, y se ensanchan los horizontes del amor divino, y una nube de incienso empuja á otra nube, y un murmullo acompaña á otro murmullo, y se rompen los velos siniestros del dolor que cubrieron la salma del redentor de la humanidad, y el himno grande, el himno infinito, el himno misterioso de la conciencia redimida por la oración, canta el versículo imponente entre raudales de luz:—«¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»

Todos los odios y todas las pasiones humanas se acallan en aquel instante supremo porque una fuerza niveladora, irresistible, subyuga y domina á todos los seres de la creación. El orgullo y la soberbia, que en la vida ordinaria son el lote negro de los hombres, se doblegan como las yerbas campesinas cuando no luce el sol de primavera. El que apostrofa y el que vilipendia, el que muerde y el que persigue, el que hiere y el que mata, el que perdió la virtud y el que probó la avaricia, el que olvidó el amor materno y el que profanó el santo misterio del hogar, el que mató los ideales divinos dentro del alma, y el que negó la existencia del Hombre superior, se encorvan ante el Cristo de la fe, se humillan ante el voto de piedad, se escarnecen á sí mismos ante los sagrados símbolos de la oración mística, y, uniéndose al coro de los buenos, cantan junto con la humanidad entera:—¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!...

El hombre, convertido en Dios, aplaca las iras de los hombres terrenales, y llamándolos á su seno, manantial de perdón y de bondad, domina al mundo, iluminado por los rayos divinos de la luz inmortal, en el rodar de los tiempos, con la fuerza redentora de su omnipotencia infinita!...

PABLO DELLA COSTA.

Buenos Aires, Marzo 15 de 1899.

Dibujos de Eusevi y Villalobos.



REMORDIMIENTO

Judas ha dado el beso de la traición al Maestro, cuya mirada de celeste dulzura había penetrado ya, durante la apostólica cena, en la torva alma del Iscariote, descubriendo en sus negras profundidades el áspid de la inaudita felonía. «Uno de vosotros me venderá», había dicho Jesús, que ya sentía la emoción dilacerante del sacrificio próximo; y después de la enérgica negativa del viejo pescador, que siente correr las lágrimas de la ira por entre el blanco vellón de sus barbas, —y después de la ardiente protesta de Juan, el apóstol niño, Judas, que, ya con la obsesión del horrendo delito, se sentaba en la cabecera de la mesa, á la izquierda del Maestro, con aquella risa violenta y falsa que era como una mueca en su innoble cara de ásperas barbas rojas, había preguntado: «¿por ventura seré yo el traidor, Maestro?» Y la voz mansa del Nazareno había dejado caer con dulzura sobre el alma de Judas esta terrible frase: «¡Tú lo has dicho!»

Judas ha dado el beso de la traición al Maestro. Y desde ese instante su alma réproba, amarrada por el delito al poste de una sombría inmortalidad, siente la mordedura del remordimiento que lentamente, como un voraz é incansable ratón, la roe. Todo lo que halla á su paso lo acomete y castiga: la luz hiere su ojo siniestro, de mirada traicionera,—el agua abrasa sus labios condenados que besaron al Justo con intención proterva,—los mirtos, los citisos, las rosas, las yerbas humildes, lo más pequeño y cándido se alza airadamente para agredir al maldito,—hasta los tímidos nardos con que adornan sus cabelleras las rubias vírgenes de la Judea, al pasar el Iscariote, yerguen como una pica su vara florida, transformados los pétalos delicados en espinas aduncas. El sol tiene para el malvado fugitivo rayos punzantes,—la luna se vela en nubes por no verlo, y Sirio, desde el cielo altísimo, le dardea una mirada sangrienta. El sueño huye azorado ante sus pasos de lobo; —su hambre muerde en el pan y el pan le sabe como una esponja empapada en vinagre;—en los olivos de Getsemaní el ruiseñor canta para él un fúnebre cántico que echa hielo en sus huesos;—un viento de borrasca lo persigue tenazmente y le castiga las espaldas con implacable azote;—la naturaleza entera corre y echa de sí aquel bulto podrido,—la tierra hostil escupe de su seno aquella alma fétida, con el horror y el asco que produciría un monstruo que á la vez fuese un sapo.

Jadeante, despavorido, repelente, sórdido, espantoso, el condenado huye sin descanso á través del espacio, huye á lo largo del tiempo, buscando allá en el fondo de la eternidad algún cubil de fiera que le preste refugio,—bebiendo en todos los ríos con el ansia suprema de encontrar el Leteo cuyas aguas procuran el olvido... ¡Todo en vano! Su alma pecadora piensa que podrá escapar aliviándose del peso de aquel cuerpo, cuya boca viscosa dió el beso de la traición, cuya mano avarienta apretó el saco de los treinta dineros, y, colgado de una cuerda por el cuello lo deja en una higuera, balanceándose en el aire como un fruto maldito. Y ella, el alma precita, huye de nuevo, pero sin hallar refugio ni redimirse del peso de aquel cuerpo abominable, que allá detrás quedó y que, sin embargo, ¡espantoso dualismo! sigue corriendo con ella, con la fiera alma del Judas, sirviéndole á la vez de sombra y de carga, de testigo y de grillete, eternamente ligados, ella y él, en un común y espantoso destino,—eternamente descargado sobre la espalda del cuerpo el agrio chicotazo de la borrasca, para que el alma lo sienta y sufra sin alivio su tormento,—eternamente enterrado en aquel negro corazón de traidor, como en una negra cueva, el ratón rojo del remordimiento que roe, roe, roe, roe...

M. BERNÁRDEZ.

Dibujos de Bosco.



LA IGLESIA ARGENTINA

EL ÚLTIMO PENSAMIENTO DEL APOCALIPSIS

Una mañana de los tiempos, Juan estaba en Patmos, ante el mar. Las ondas prolongaban su enorme discurso, allí á sus pies, entre las rocas que atrincheraban á la isla contra el abismo. En torno del apóstol el viento, con aletazos cansados, se postraba, y sobre el horizonte, como el ojo reventado de un cíclope, lloraba sangre el sol.

El apóstol recordaba y *veía*. Veía el porvenir como un río obscuro, y sobre el río del porvenir, como tropeles de espantados delfines, á los pueblos. Y detrás de ellos el montañoso lomo de Leviathan, cargado de olas, y detrás, azotándole, un querubín que mugía al firmamento con su testa de toro, y ocupaba los horizontes con el relámpago de oro de sus alas.

Al lado del apóstol, reposaba su águila, su águila sabia, que se iba por las nubes á traerle los pensamientos del Eterno, y se entraba por las espumas á buscarle los peces de su comida. De cuando en cuando, con un crujido de seda rígida, abría el ave bruscamente las alas y volaba hacia el sol. Juan la veía un instante, sobre la mancha de oro bravío del ocaso, suspendida á la manera de un estandarte, bañada de luz; luego en un violento giro, precipitábase el águila en el hueco de dos olas, para reaparecer llevando en el pico alguna bestia marina de flameante escama. Y cuando lo había hecho, volvía mansamente á depositar sobre las rodillas del apóstol su fresca presa

Un silencio enorme reinaba en los intermedios del lenguaje de la ola. El águila acechaba siempre. El apóstol continuaba mirando. No miraba el mar, pues veía por encima del mar, en la profética lejanía de un ensueño. Veía el río obscuro del porvenir, y en el cauce del río los pueblos atropellándose bajo la amenaza de la boca de Leviathan, cuyo resuello sonaba como las cataratas. Y de repente se obscureció su visión. Ya no tenía ante sus ojos sino el mar y el horizonte. El río ya no estaba, y tampoco el querubín de la testa de toro.

Entonces Juan se inclinó hacia su águila y le habló. Y el águila tendió sus alas, rectamente, en dirección de las nubes, pues iba á traerle los pensamientos de Dios.

Ahora bien: el apóstol llevaba escritos ya diecinueve versos del capítulo con que terminaba su libro formidable. Tenía muertos los miembros hasta la cintura, y se apresuraba, pues como había vivido cuatro mil años de humanidad en su profecía, llegábale ya el tiempo de dormir en el seno del Padre. Quería terminar su libro con un verso que relumbrase como la llama y quemase como el bronce derretido. Pues tenía el alma llena de amargura y de aspereza. Sus ojos no veían ya sino la luz de su propia alma. Sus cabellos eran inmensos y blancos. Sus oídos no oían y sus manos temblaban. Por esto, sin que lo advirtiera, el mar vino y le arrebató el cálamo depositado en una quiebra de la roca, y le lavó la calabaza donde guardaba su tinta de agallas. Juan no oía al mar, ni le sentía, y esperaba silencioso la vuelta de su águila.

En pausado vuelo, el águila volvió de las nubes, y dejó caer de sus garras, sobre el vestido de Juan, una golondrina. Tiritando de terror, el pobre pájaro no atinaba á moverse; latía su corazón, y su pico se abría ansiosamente. El apóstol meditaba. ¿Era aquél el divino pensamiento que su salvaje mensajera había ido á traerle de las nubes? Entonces el alma se le subió á los ojos, y éstos, iluminados por aquella claridad, pudieron ver. Y vieron que el pecho de la golondrina estaba mojado de sangre, pues llevaba una espina clavada en él.

Y el apóstol recordó. Su memoria evocó las últimas escenas de aquel sangriento crepúsculo del Calvario en que la tierra tembló á tiempo que Jesús lanzaba su postrera palabra. Distinguió en la bruma siniestra los cascos de los legionarios, los cabellos de la turba que huía; y al pie de la cruz, las santas mujeres, y él, lloraban; y sobre la cabeza del Mártir, afrontando aquel desorden de mundos que hacía rugir de terror á los mismos leones, las golondrinas cuyos nidos estaban en las cornisas del templo, volaban inquietas, pero valerosas, extrayendo una á una las ensangrentadas espinas que coronaban la cabeza de Jesús....

Y Juan lloró sobre las plumas de la avecilla, y con sus dedos temblorosos extrajo la espina que le laceraba el pecho. Buscó su cálamo y su calabaza de tinta y halló que se los había robado el mar. Y como no le quedaba entre los dedos sino la espina húmeda de sangre, con ella acabó de escribir el vigésimo verso de su libro terrible. Lo que escribió no relumbraba como el fuego ni quemaba como el metal fundido. Era una sentencia de sencillez y de perdón. Era lo que dicen por la mañana los pájaros, lo que gorjean las golondrinas cuando dan sus bordadas entre las nubes.

Y por eso el tremendo libro en que las estrellas caen como los higos maduros de la higuera sacudida, en que los ríos se ponen amargos como el ajenjo, termina diciendo:

La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros.

Leopoldo LUGONES.

Dibujos de Mayol.

PAZ POR JESUS



Iban las generaciones
como inmensos escuadrones
de fantásticos vestiglos,
que por rumbos ignorados
se atropellan y se empujan, arrastrados
en el veloz oleaje del torrente de los siglos.

Rodaban por la pendiente
de las cumbres del Oriente,
y era su pendón la guerra,
su ley suprema la espada,
la conquista su derecho, y su morada
las llanuras donde el Indo abre su curso en la tierra.

Y como las tempestades,
llevaron á las ciudades
la destrucción por destino,
y entre ruinas silenciosas
galoparon las legiones victoriosas,
dejando manchas de sangre sobre el polvo del camino.

Un día, allá, en una aldea
de la humilde Galilea,
sobre los odios humanos
exclamó una voz: — Yo os digo
que es maldita la palabra de «enemigo».
Vengo á morir por vosotros, para que os llaméis hermanos.

Era Dios quien así hablaba,
Dios que en el hombre encarnaba,
Dios que descendió á la tierra,
fué á la cruz y á nueva vida
guiar quiso á la raza del fratricida,
que aún se alimenta de sangre y alza pregones de guerra.

¿Quién alienta la esperanza
de que acabe la matanza?
¿Quién detendrá á las naciones
que nuevas armas afilan,
y á duelo á muerte se llaman y se enfilan,
y sobre el santo *Evangelio* hacen rodar sus cañones?

¿Ya no tendrá alojamiento
el mal en el pensamiento?
¿Y cuándo el día previsto
vendrá, en que Caín no sea
el anónimo caudillo de la pelea
y la humanidad se abrace al pie de la cruz de Cristo?

Dibujo de Fortuny.

CHRISTIÁN ROEBER.



El Evangelio y la Penitencia, por Sartory



LOS DÍAS SANTOS

Así queda en el alma el dejo melancólico de los sueños, como en ese cofre que recatamos siempre á la curiosidad indiscreta de los indiferentes, el vaho suave de un perfume, tanto más delicado, cuanto menos perceptible es á la sensibilidad fisiológica.

Y como ese perfume y esos sueños, son los recuerdos del pasado, que solamente la fantasía abstraida y solitaria es capaz de evocar en su augusta y delicada pureza.

¡Qué hermosa época era en el pasado, en los inolvidables días de la niñez, la que determina cronológica y tradicionalmente el augusto aniversario de la Pasión de Jesús!

Era este un mes lleno de santas y sentimentales emociones entre la familia cristiana á que pertenecemos.

Espíritu y cuerpo se preparaban por una série de prácticas y devociones, á conmemorar dignamente el inmenso sacrificio del Dios Mártir.

Aún quedan en nuestra alma restos de aquellos dulces misterios, con que una verdadera secuela de actos piadosos la envolvían, suave y melancólicamente.

Las costumbres patriarcales que metodizaban la vida corporal, daban asimismo á lo inmaterial una norma perfecta por la que se deslizaba el pensamiento, llevando en pos el albedrío y la conciencia.

De ahí fluía la moral y nacían todos los afectos, ternezas y pasiones del espíritu.

En estos días, nuestra casa era una sucursal familiar de la iglesia.

Las señoras se levantaban temprano para ir á misa y proseguir los ejercicios disciplinarios que las preparaban para concurrir al tribunal de la penitencia, y por la tarde, se comía á prisa para asistir al sermón parroquial de la cuaresma. Por la noche, se comentaban las palabras del predicador y los textos sagrados que condecían con ellas.

La vida material se ajustaba á un orden indefectiblemente prescripto.

Se comía de cuaresma los miércoles, y se ayunaba los viernes. En tanto, lo concerniente á la indumentaria de los miembros de la familia no se descuidaba.


Jesus Nazareno que se colocaba bajo el Cabildo

Las tijeras de sastres y modistas, chirriaban cortando los ternos de paño negro para los hombres y las sargas y rasos del mismo color para los vestidos de las señoras. Todo el mundo estrenaba un traje negro en los días de Semana Santa.

El jueves santo, día de gala de la iglesia, en el que se rasga el velo del templo descubriéndose los monumentos, montañas de luces y de flores en cuya cumbre aparece, entre un nimbo de pedrería, el símbolo del cuerpo de Jesucristo Sacramentado, era de orden presentarse al templo con los trajes más lujosos y los colores más vivos, y allí era de verse la orgía policroma de los trajes femeninos, mezclada á la elegancia *currutaca* de nuestros atildados liones.

Aún evoco entre las nieblas del recuerdo á las bellísimas é incomparables mujeres de esa época, esas especie de diosas ante las que quedábamos los muchachos en un verdadero éxtasis de admiración asombrada y respetuosa.

Las siluetas de Carmen Zavaleta, Agustina Rozas, María Antonia Beláustegui de Cazon, Florentina Ituarte de Costa, Remedios de Escalada, Chepa Lavalle, Juanita J. de Saenz Valiente, Florencia Lezica, Etelvina Romero de Rozas, Carmen Bedriñana de Oromi, y otras, pasan en el fondo luminoso de las lejanas fantasías, con sus crujientes vestidos de seda cubiertos de encajes, sus espléndidas mantillas de bordada chapa, sus arracadas de brillantes que prestigiaban, encuadraban é iluminaban sus rostros encantadores, con rasgos verdaderamente olímpicos, hermanados á un donaire y una gracia propias de la generosa raza á que pertenecían.


Ei viejo Cabildo colonial

Allí estaban los infaltables *paquetes*, que daban el modelo oficial de la suprema elegancia: Juan Martín Estrada, Manuel Pérez del Cerro, Ladislao Martínez, Narciso Martínez de Hoz, Carlos Urioste, Marcos Arredondo, el casi sajón Franklin Bond, el chileno Arcos y otros figurines típicos, con sus pantalones color alhucema, sus fracs azules, violetas ó «Ade-

laida» con botones dorados; sus chalecos blancos, sus guantes color patito, sus camisas á voladitos plegados, entre los que lucía el botón *piocha* de diamantes, sus cadenas de sellos, sus botas de charol con puntas de pala, y sus sombreros de cilindro relucientes, que la co queteria masculina de aquel tiempo imponía ser colocados sobre la rizada cabellera, ligeramente inclinados hacia la oreja izquierda.

Centro de actuación de las solemnes fiestas de Semana Santa, era desde luego la Plaza de la Victoria, que, no sabemos por qué nos hace ahora el efecto de haberse alejado de calles en las que antes empezaban los suburbios, y que, no obstante, nos parecía que por entonces la rodeaban.

Una muchedumbre compacta llenaba entonces el atrio de la Catedral y las recobas que circundaban la plaza.

Entonces existía la Recoba Nueva con su bellísimo arco monumental en el centro, recoba ó galería que separaba la Plaza de la Victoria de la del 25 de Mayo, que era el perímetro que se extendía hacia el viejo Fuerte, ubicado donde hoy se levanta el Palacio de Gobierno.

Agustina Rozas de Mansilla, en mediana edad

Desde luego, los arcos del Cabildo eran los más concurridos. Allí se establecía el «Señor Nazareno» de los Ejercicios, imagen tallada en el carácter dramáticamente impresionista de la antigua escuela española, con su extraña cara de resucitado, su tez cetrina enmarcada en su luenga barba, sus ojos adoloridos y brillantes, su frente cubierta de sangre bajo la ampulosa y rizada cabellera negra, á la que oprime la rústica corona de agudas espinas.

Esa orla de la pesada túnica de terciopelo rojo, y esas borlas de oro en que termina el cordón que la ciñe á su cintura, deben de ser verdaderamente sagradas, aunque más no sea que por la fé, el dolor y la esperanza, que han dejado en ella un ósculo sincero, ardiente y tembloroso.

Por la noche, en una cátedra erigida á pocos pasos de la santa imagen, se turnaban los sacerdotes y los seglares que leían los textos sagrados ó improvisaban pláticas sobre los misterios que se conmemoraban en ese día.

Matronas y niñas, en tanto, con el escapulario al cuello, recogían á los pies del santo, en bandejas de plata, la limosna para alguna obra pía, mientras desde las obscuridades de la puerta central del Cabildo, entonces cárcel pública, salía el lúgubre rumor de las cadenas, agitadas por los criminales allí detenidos, á quienes se les concedía llegar hasta la reja exterior, y con voz plañidera implorar en tristes y lúgubres acentos, invocando el recuerdo del Crucificado, la caridad de los fieles.

Frente á San Miguel se exhibía un extraño grupo que el pueblo llamaba del «Pecador Arrepentido».

La Virgen María, en no recordamos cuál de sus infinitas advocaciones, sentada en un sitio agreste, con el niño en las faldas, recibía las piadosas ofrendas de un pecador colocado ante ella, de rodillas y á quien el niño extendía cariñosamente sus sonrosadas manecitas.

La idea del grupo era tal vez tocante en su sentimental simplicidad, pero la deslucía la figura desgarbada del pecador, que era una especie de ave zancuda, escueto, largo, con un gran pescuezo rematado por la cabecita de un microcéfalo, y sobre todo, fementidamente cubierto por los desairados pliegues de una larga capa que lo cubría hasta los talones.

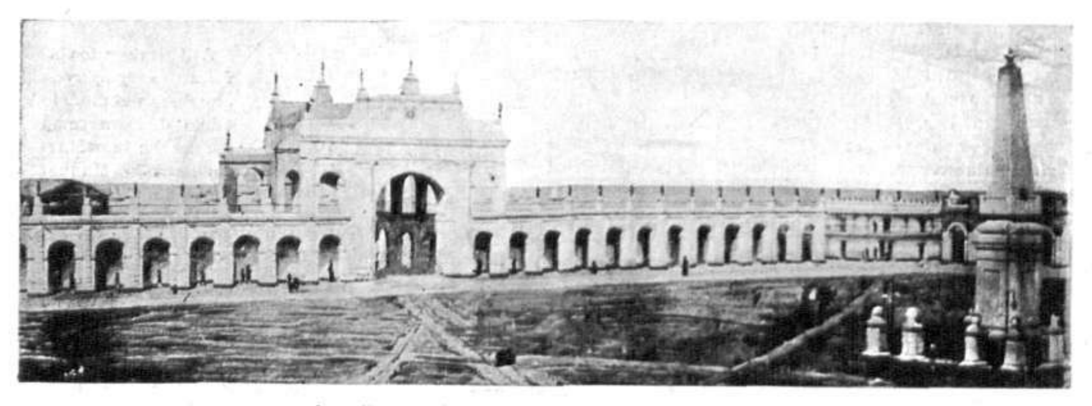
Como las cosas santas (no podemos decir que lo fuera el pecador) no están vedadas á la explotación fantasista de los espíritus mordaces, recordaremos aquí, de paso, cómo este sujeto escultórico dió pábulo á una dama conocida por sus sangrientas oportunidades, para designar con ese nombre antonomástico á su propio esposo, con el que la señora en cuestión no hacía muy buenas migas. Parece que el mote le caía como de molde al caballero aquel, por su maravilloso parecido con la escultura, imponiendo al fin al cura de San Miguel esta casual y ridícula semejanza, la supresión del grupo, tomando en cristiana consideración las reticencias é indirectas que suscitaba la efigie aquella hacia su desgraciado trasunto humano. En el atrio de la Merced, se exhibía un «Señor de la Humildad y Paciencia», que aún se conserva en aquella iglesia, con fama de milagroso.

Nuestra Señora de Dolores (*Mater dolorosa*) estaba en todas partes, dando la suprema nota de piedad y conmiseración en aquel concierto augusto de tristezas, de duelo y de plegarias.

Han pasado los años, las modernas costumbres, como las capas geológicas, se han ido sobreponiendo lenta pero fatalmente en el proceso paciente é ineludible de la vida; pero, cuando llegan estos días, y bajamos respetuosamente al fondo de nuestros recuerdos, aún encontramos vivas en el *stratum* correspondiente á nuestra vida juvenil, estas santas memorias, de las que nuestro espíritu aún saca fuerzas y consuelos, en estos tiempos tan difíciles y tan desprovistos de ideales.

NICOLÁS GRANADA.

Buenos Aires, Marzo de 1899.



Fot. de CARAS Y CARETAS.

La antigua recoba entre las Plazas Victoria y 25 de Mayo



NUESTRO NÚMERO DE HOY

REALIZAMOS un sencillo acto de homenaje al sentimiento religioso de la sociedad bonaerense, dedicando el número de esta semana á conmemorar, con la ayuda de las artes gráficas y de las buenas letras, el sublime episodio de la pasión de Jesús de Nazareth.

La semana próxima—la clásica semana santa—representa en la historia del mundo una de esas jornadas áureas cuyo aniversario no se puede pasar sin emoción—sin sentir el espíritu convidado á hondas meditaciones sobre la fecundidad sublime del martirio y el influjo inmortal de las ideas en el destino, aún incierto, pero sin duda misteriosamente orientado por divinas fuerzas, de la prole de Adán.

Sea cualquiera el criterio con que se considere la acción moral y gobernante que en la humanidad ha ejercido y ejerce la doctrina del Cristo—doctrina de caridad y justicia clemente, de dulzura fraternal y de perdón—de perdón inagotable, que eternamente, sobre las cervices rebeldes fluye, benigno y perfumado, como el oloroso ungüento de nardo derramado por la buena mujer de Bethania sobre la cabeza del Nazareno;—sea cualquiera, decíamos, el criterio filosófico con que se juzgue á Cristo y su Evangelio, la semana santa es un centro convergente de todas las reverencias,—la semana santa es una hora de tregua á todas las negaciones: -en ese episodio final de la vida del Cristo, no cabe sino la admiración respetuosa.—la admiración *cristiana;*—no cabe -ante aquel sublime estoicismo, no igualado por leyenda alguna de los sacrificios consumados en beneficio del humano linaje.—sino postrar la frente miserable y decir la grandeza divina del Justo, confesando siquiera en la interioridad de la conciencia, que en aquel cuerpo de mártir había el alma de un Dios.

Es una expectativa austera y solemne la que á las familias católicas impone la aproximación de la semana santa. Hay, sin embargo, antes de los días tristes, un intervalo claro y grato de regocijos y sueños de triunfo: el Domingo de Ramos, mañana. Mañana se llenarán los templos de palmas y de cánticos triunfales, conmemorando la entrada de Jesús en Jerusalén, caballero en un asno, símbolo simple de su modestia y mansedumbre, entre los aplausos y vítores del pueblo que tendiendo en el camino sus vestidos le aclama Rey de Israel. Las antífonas cantadas al distribuirse las palmas, ya benditas, representarán, clamando inocencia, la tierna adhesión de los niños al manso Redentor. Y llenará de austera emoción las almas de los creyentes, el sublime himno de gloria, compuesto por el condenado Teodolfo hace mil años, y cantado desde entonces al llegar á la puerta del templo la procesión de las palmas. Después vendrán las horas de contrición, los días de silencio, los vestidos de luto, el ayuno penitencial, las estaciones devotas, los sermones dolientes, las misas en tinieblas; hasta que el sábado llegue, con su prodigio, á levantar nuevamente las almas á la esperanza y al divino consuelo de la inmortalidad.

Queda así explicado el motivo de este número, que esperamos será grato á todos,—á unos por creyentes, á otros por apreciadores del arte y la buena lectura, que hemos procurado reunir y armonizar cumplidamente en las páginas que anteceden, consagradas al gran tema de la semana que viene.

LA REDACCIÓN.

ENTREVISTA DE LOS PRESIDENTES EN EL O'HIGGINS

Federico Errázuriz al Exmo Sr Julio A Roca para recuerdo de la conferencia de Punta Arenas

Fot. Spencer y Cía., de Chile. (Autógrafo del Presidente Errázuriz)

ENTIERRO DE M. FELIX FAURE



A pesar de que era nuestro propósito consagrar todo este número á la Semana Santa, no hemos podido postergar la inserción de las dos notas que llenan esta página. La primera, de verdadero interés histórico, completa nuestra información gráfica de la entrevista del Estrecho. Como se recordará, habíamos publicado una fotografía de los presidentes á bordo del *Belgrano*, y teniendo conocimiento de que el señor presidente Roca acababa de recibir otra que los presentaba á bordo del *O'Higgins*, la solicitamos para reproducirla, á lo que defirió el señor general Roca con atenciosa deferencia, que agradecemos cumplidamente.

La otra nota es una excelente fotografía llegada de París por el último correo, y gentilmente ofrecida por el señor Manuel Lainez, para su publicación en CARAS Y CARETAS.

ENTRE M. MIRÁS Y YO

Este diablo de comerciante fin de siglo, este Mirás, que nos ha hecho risueña y agradable la idea de morir con sus pompas fúnebres, sus adornos *sui géneris,* y la baratura de sus tarifas, como él dice, ¿por qué no pone un establecimiento de suicidios á gusto del contribuyente? Nadie mejor que él puede servir para el asunto, mediante la ayuda, naturalmente, de los médicos correspondientes, que sin éstos es más difícil de lo que parece el pasar de esta vida á la otra. Podría tener armas de toda clase y calibre, desde el modesto cuchillo de veinticinco centavos con vaina y todo, hasta la ametralladora Nordenfeldt, y dar las garantías necesarias para que el paciente quedara bien muerto, sin sufrir cosa mayor, salvo que prefiriera la intoxicación por medio del arsénico ó algún licor de fábrica nacional.

—Yo me quisiera morir—le decía ayer á Mirás un joven tartamudo á quien su madre educa para diputado—sólo porque me llevaran en un carruaje como ese—y señalaba uno con penachos de plumas que, francamente, daba gana de meterse dentro.

Y Mirás, que no tiene nada de fúnebre y sí mucho de alegre, como que hace muy buenos negocios, aunque es capaz de teñirse de negro por dar gusto a los deudos de los extintos, si lo exigieran, comenzó á detallarle los pormenores y condiciones de sus funerales, de tal manera que el futuro padre de la patria casi se muere de gusto.

—¿Ve usted este coche lleno de coronas? Pues es el último modelo. Igual á los que se han usado para el sepelio del presidente Faure; yo lo facilito con



Carruaje de paseo, único en Buenos Aires

coronas y todo: no hay sino cambiar las inscripciones. ¿Ha visto usted algo más atrayente? Valía la pena de morirse, si pudiera tener uno el gusto de ver su funeral servido por mi casa.... Hasta oradores tengo cuando los exigen los clientes.

Entonces fué que se me ocurrió preguntarle por qué no abría la casa de suicidios, que yo creo de buenos resultados para la moral y buenas costumbres.

—Cá hombre,—me interrumpió—*si tot aixó no val res;* para los vivos es que tengo lo mejor. ¿Ve usted este coche de paseo?..... Pues es de sopanda.

—Y eso qué es?

—Pues apenas nada; que dentro va usted como en una calesa, sin balance ni trepidación ninguna; no tiene resortes ni muelles.

—Ni nada?

—Sí, hombre, sí; descansa sobre correas, de modo que la caja del coche no se mueve, conserva su equilibrio siempre. Ah! si esto se pudiera hacer con los barcos, no se marearía nadie! Un coche igual á éste puso á las órdenes del czar de Rusia, el presidente de Francia, cuando aquél visitó París y otro tiene Guillermina, la reinecita de Holanda.

—De buena gana me casaría con la reina.

—Ya lo creo, es lindísima.

—No tanto por eso: por ir en coche con ella.

—Pero si éste se lo puedo alquilar.... como los ciento y tantos que poseo y que no faltan á paseos y diversiones.

¡Qué Mirás!

Vivo ó muerto tiene uno que caer en sus.... tarifas.

Ramiro.



Carruaje para conducir coronas

Fot. de Caras y Caretas.

Laclaustra y Sáenz

41 — MAIPÚ — 41

PRIMERA Y EXCLUSIVA CASA
DE ARTÍCULOS ESPAÑOLES
DE LAS MAS REPUTADAS MARCAS

VERMUT ESPAÑOL

Henri Garnier y Cia. — Guipúzcoa

Pídase en todos los buenos almacenes y confiterías. Se recomienda especialmente á los paladares delicados.



IMPORTANTE A todos los Agentes de Publicaciones en Sud-América les conviene y les es muy necesario tener relaciones comerciales con la

Agencia General de Publicaciones

— DE —

SEVERO VACCARO

422 — CALLE FLORIDA — 422

BUENOS AIRES

Allí encontrarán desde la sencilla revista hasta las publicaciones más importantes del mundo, con condiciones especiales para libreros y agentes de periódicos.

G. FRANCHINI Y C.ía

Fábricas de Tejidos y Sombreros

BELGRANO

CASIMIRES, PONCHOS, FRANELAS, FRAZADAS

Teléfonos: Coop. 5539. Unión telef. 6229

Casa central:
CALLE PIEDAD, 861

TELÉFONOS { Cooperativa 710 / Unión . . . 1406 }

GRANJA BLANCA

GRAN DIPLOMA DE HONOR

Exposición Nacional de 1898 — La más alta recompensa

SERVICIO DIARIO MAÑANA Y TARDE Á DOMICILIO

Establecimiento único que reparte la leche pasteurizada. No vende leche cruda. Manteca fina para familia, manteca salada en latas. Leche esterilizada en latas y botellas, especial para enfermos y de suma necesidad para los largos viajes. Leche maternizada en botellas, recomendada por los médicos más eminentes para la crianza de niños. Lanolina en pomos, especial para quemaduras y escaldaduras de los niños, elemento precioso para el toilet de las señoras é indispensable para el cutis. Chocolate preparado en latas, basta calentar la lata para usarlo, muy especial para viajes. Cáustico para descornar animales, útiles para estancieros. Esterilizadores de leche, chupones, mamaderas para niños, balanza para pesar bebés gratis á domicilio. Para enfermos, Kefir preparado especialmente por la Granja Blanca; pídase con 48 horas de anticipación. Precio de la botella 1/2 litro 0.30.

Ordenes Cangallo y Laprida

Unión Telefónica, 14340. — Cooperativa, 2249



D. C. Anderson

CALLE

MAIPÚ, 137

BUENOS AIRES

Máquinas SINGER



ALMACEN MAIPÚ

— DE —

A. BIANCHI

COMESTIBLES Y BEBIDAS

Ofrece á su numerosa clientela un gran surtido de conservas y vinos importados de todas clases é infinidad de artículos nacionales y extranjeros.

PRECIOS MODICOS

702, CALLE CORRIENTES, 704

NUEVOS PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN (Pagadera por adelantado)

EN LA CAPITAL

Trimestre	$ 2.50
Semestre	» 5.00
Año	» 9.00

Número suelto.... 20 centavos
Número atrasado 40 centavos

NOTA.—A los suscriptores de semestre y año que hayan satisfecho su abono con arreglo á nuestra primera tarifa, se les acreditará la diferencia, prorrogándoles el término de la subscripción.



SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

APARECE LOS SÁBADOS

DIRECCIÓN, REDACCIÓN y ADMINISTRACIÓN

MAIPÚ 392 — BUENOS AIRES

UNIÓN TELEFÓNICA 2316

NUEVOS PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN (Pagadera por adelantado)

EN EL INTERIOR

Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 6.00
Año	» 11.00

EN EL EXTERIOR

Trimestre	$ oro	1.80
Semestre	»	3.50
Año	»	6.00

Para el exterior rigen los mismos precios á oro

Avisos desde **un** peso por publicación
Avisos en negro y al cromo á precios económicos

Avisos económicos: Un peso mensual

A los agentes y subscriptores

Próximo á vencer el primer trimestre del presente año, se ruega á los señores agentes y subscriptores quieran renovar sus abonos antes del 31 del corriente, á fin de no interrumpir el envío del periódico.

La Administración.